

# La Puta y el Gigante

de Marco Canale

*Con todo el odio y amor que habita en mi corazón.*

Para Angélica.

*Pero las cabezas ilustradas no ilustran, y la sociedad humana, eso es seguro, se aniquila.*  
Thomas Bernhard.

Es necesario escribir esta obra con nombres y apellidos.  
Pero hay que elegir,  
rodear con cientos de hormigas a las palabras  
para que sólo las indispensables subsistan.  
Y del ataque de las hormigas rojas del Congo Colombiano  
sólo sobreviven  
dos nombres y apellidos.

Álvaro Uribe y El País.

El presidente con su guayabera blanca  
y el periódico con toda su prole,  
desde el Director hasta los explotados becarios  
que embelesados o con el cuchillo entre los dientes  
se presentan al Master del  
Periódico Global en Español.  
Y yo me pregunto,  
¿Qué ser humano pudo ponerle  
un nombre tan pretencioso  
a un periódico?

Y entonces viene a mí,  
como una aparición,  
la imagen de la Puta Culta.  
La veo sentada en su despacho  
mirando el cielo de Madrid  
como Newton miró una manzana  
y llegando a la conclusión mágica:  
"El periódico global en Español".  
Y veo su sonrisa,  
y lo imagino caminando hacia el despacho  
del director de El País.

Él,  
Don Miguel Ángel Bastenier,  
ha descubierto el nombre perfecto  
para el periódico perfecto,  
de la misma manera que un día descubrió  
que los bolivianos eran en realidad  
Homo bolivianus.

Así, con sorna,  
sin movérsele un pelo,  
como por mis huevos.

Y yo me pregunto:  
¿Como alguien puede decir Homo bolivianus  
y quedarse tan tranquilo?

¿Cómo puede ser que no haya un escándalo  
en nuestra querida madre patria?

Y leo que el periodista afirma  
en uno de sus artículos  
que Bolivia abandonó  
la civilización occidental  
para regresar a un sistema  
precolombino ruralizante.

Pero que el peso  
de lo HISPANICO  
hará sumamente  
tortuoso el proceso.

Y veo en Google  
fotografías de la masacre de Pando,  
en la que fueron asesinados 20 indígenas  
y desaparecieron a más de 100 indígenas  
sin dejar ni siquiera los cuerpos  
y me pregunto si a eso  
se refería La Puta Culta  
con lo de proceso tortuoso.

Y esas dos palabras,  
PROCESO TORTUOSO,  
me hacen pensar  
en lo que pasó  
en mi país.

Y me doy cuenta de que dejé de reírme.

Y vuelvo a pensar patológicamente  
en la violencia  
y en los ajusticiamientos,  
cuando sé que no estoy ni remotamente dispuesto  
a mancharme tanto de mierda.

Por algo hago teatro.

Ya no hay cojones.  
Ni ovarios, jjoder!  
entiéndase que  
no estamos en contra

del lenguaje  
de la progresía española.

Y la violencia es algo que me marcó.

Porque a mi me educaron  
viendo las peleas de Mano de Piedra Durán.

Y recuerdo que  
la mayor vergüenza  
que tuve en mi vida  
fue cuando agaché  
la cabeza frente a un grupo  
de jugadores de rugby  
que nos quisieron partir  
la cara a mis amigos y a mí.

Y yo ni siquiera me atreví  
a separar a mis amigos  
que se quedaron ahí.  
Sin pegar pero sin irse.

Y yo no quise arriesgarme  
a que me partieran la cara  
porque había un jugador de Rugby  
al que veía como un jodido gigante.

Y lo peor de todo es que terminé  
llamando a un policía.

Y fue humillante.

Y recuerdo  
que la Puta Cultra  
llamó a Álvaro Uribe,  
EL GIGANTE.

Así, como si fuera un jodido anuncio del  
NODO Franquista.

Y recuerdo que un  
director de teatro colombiano  
me dijo que los que iniciaron  
las masacres hace setenta años  
eran terratenientes falangistas.

Y que en esa época,  
llamada LA VIOLENCIA,  
murieron asesinadas 126.297 personas.  
Y que hubo desplazamientos masivos  
de campesinos.  
Y que entonces no existían las FARC.

Y yo me pregunto por que El País  
nunca habla de HISTORIA.

Y me pregunto por qué a mí  
me cuesta tanto hablar  
de la parte de mi historia  
que no suelo contar.

Y recuerdo que Reinaldo Arenas  
dijo que uno escribía  
porque no tenía el valor de vivir.

Y recuerdo a Lord Jim.

Y pienso en la lucha entre lo que somos  
y lo que queremos ser.

Y siento que el precipicio  
que se abre en medio  
es el único lugar  
en el que estamos vivos.

Y que ya no hay  
lugar para la palabra.

Porque la palabra está demasiado manoseada  
por nuestra Puta Culta  
y por las pequeñas putas latinoamericanas  
que escriben en los periódicos  
en los que tienen acciones.

Y todos los periodistas  
escriben lo que les mandan.  
Y nuestra palabra también puede ser  
un largo y fiel lamento.

Porque nosotros siempre tenemos miedo  
de quedarnos fuera.

Los artistas y los periodistas.  
Los rebeldes y los obedientes,  
los que escriben sobre  
lo que no pueden vivir.

Y entonces se me aparece desafiante  
como un ángel de la guarda,  
el Rinoceronte Erótico  
de nuestras letras  
y también de  
Aitana Sánchez Gijón,  
con la que representó  
una memorable versión  
de La Odisea  
que la progresía aplaudió  
en Madrid  
con bombos y platillos.

Acá, junto a mi oreja,  
el "desnobelado"  
Mario Vargas Llosa,  
como tan hermosamente lo definió  
Paco Umbral,  
me dice que la lengua española  
es un regalo tan hermoso  
como Aitana  
y que, por favor,  
no vuelva a repetirle  
el mote.

Y yo le digo:  
"Es que la madre patria tendrá  
sus vueltas y miserias,  
pero Paco Umbral tenía a pesar de todo  
algo de camarero de La Mallorquina  
y usted no dejará de ser nunca un turista  
en Francia,  
Suiza  
o donde sea que aposente su culo  
y su miembro ilustre latinoamericano".  
Y siento entonces que una inspiración profunda  
me dice que habría que dedicarle esta obra a  
Gabriela Cañas,  
una de las hijas tontas  
de El País de Vargas Llosa.

Y aunque quisiera evitarlo,  
imagino a Gabriela Cañas  
observando el bulto de  
Álvaro Uribe.

Será que soy un pervertido  
o un romántico,  
pienso,  
y por eso busco una razón  
para que una mujer  
tan joven,  
tan independiente,  
tan moderna  
y tan defensora de la equidad de género  
como Gabriela Cañas  
le haga la entrevista  
más canalla  
y manipuladora  
que alguien podría hacerle  
al presidente de Colombia.

Donde después de alabarlo con doce preguntas  
que se acercaban a la prensa del corazón,  
abordó la pregunta que podría haber puesto  
al Gigante en JAQUE.

Es decir, la pregunta que hablara de  
las sistemáticas operaciones  
de guerra sucia  
y las masacres perpetradas  
por grupos paramilitares,  
con demostradas conexiones con  
algunos familiares suyos,  
y por el propio ejército,  
del que es último responsable.

Pero Gabriela Cañas se limita a preguntar:

"Hay problemas, como las ejecuciones extrajudiciales, que pueden parecer efectos  
colaterales de una política que probablemente necesita ajustes. ¿Qué hacer contra ello?"

Y siento que esta mujer ha tenido la capacidad  
de hacer la pregunta más capciosa  
y criminal de nuestro tiempo.

Efectos colaterales.

Ajustes.

Problemas.



Y entonces el Gigante,  
impostándose en el sillón,  
toma el guante y responde:  
"Pero, mire [grita aún más], esas violaciones se castigan y los responsables van a la  
cárcel. Y le voy a decir al periódico EL PAÍS de España algo que no se le ha dicho a la  
comunidad internacional: la inmensa mayoría de las denuncias no han tenido soporte.  
Para tratar de mantenerse en la impunidad, el terrorismo acusa a las fuerzas militares y  
de la policía de ejecuciones extrajudiciales".

Y me doy cuenta de qué Álvaro Uribe  
evitó la palabra PARAMILITARES.

Y subo el cursor  
y veo que la periodista  
abre la entrevista  
con una reflexión  
digna de la revista Hola.  
"Es terrible lo que dice de que la suya es una generación que no ha visto un solo día sin  
violencia. Que ha vivido sin paz. Usted nació en Medellín, cuna de escritores, pero  
ciudad también muy castigada por la violencia. ¿Cómo le marcó esa circunstancia?"

Y entonces el GIGANTE, visiblemente acongojado, susurra:  
"Lo vuelve a uno muy angustiado la violencia".

Y Gabriela Cañas piensa que el Gigante  
es una VÍCTIMA DEL TERRORISMO.

Y decide no preguntarle cómo puede ser  
que él, terrateniente también de Antioquia,  
no haya sido testigo  
del movimiento paramilitar  
que al igual que los escritores  
nacieron cerca de Medellín  
y florecieron  
junto a su finca.

Y leo la apertura del artículo que dice:  
"La presidenta de la Comunidad de Madrid,  
Esperanza Aguirre,  
ha cerrado el almuerzo con un brindis por Colombia  
y después han desfilado hacia la calle varios pesos pesados del PP,  
así como prohombres de la empresa y el periodismo español".

Y me pregunto cómo pudo usar  
Gabriela Cañas  
la palabra prohombres.

¿Será que Gabriela Cañas,  
quiere en el fondo de su ser alcanzar  
la gloria en la literatura?

Y me doy cuenta de que a la periodista  
sólo le faltó citar al  
gran abuelo de la región.

Porque yo leí en un periódico colombiano  
que Estados Unidos instalaría  
siete bases militares  
en el Pacífico Sur.

Y en la Universidad  
en donde escribía esta obra,  
vi una gigantografía  
que decía que nuestro abuelo  
traería un buque hospital  
para ayudar a los pobres  
de las costas colombianas.

Y debajo estaba la foto de un barco  
que parecía un Portaviones.  
Y el logo de USAID.  
Es decir:  
Ayuda Estadounidense.

Y yo me imaginé a los  
niños negros  
trasladados en lancha  
desde Tumaco  
para recibir  
un medicamento  
a manos de un soldado  
con cara de niño bueno  
o atormentado  
que tal vez  
anduvo en Irak  
o Afganistán,  
o Israel.

E imaginé, en medio de los pequeños negros,  
a la madura Gabriela Cañas  
haciendo fila para pedirle  
al Marine  
una dosis de Viagra.

Y con el rostro al viento,  
observando el confín del  
horizonte latinoamericano,  
a nuestro querido Rinoceronte  
que al verla llegar  
pone resplandeciente  
su mejor cara de Ulises.

Y sobre ellos volaba una  
una nube blanca que tenía  
la forma del perfil de Obama.

Y al día siguiente,  
tras una noche relativamente fecunda,  
la periodista  
se encierra  
en el baño del hotel  
para masturbarse  
con la imagen del bulto del  
Presidente colombiano.

Y yo, con tal de sacarme esta imagen de la cabeza,  
reviso patológicamente el artículo  
y enumero los adjetivos  
con los que la periodista  
definió al Presidente:  
"Es un hábil jinete".  
"Es capaz de montar a caballo con una taza de café en la mano y no derramar ni una  
gota".  
"Es un hombre muy religioso".  
"Madrugador".  
"Infatigable".  
"Tenaz".  
"Además de poseer una memoria portentosa".

Y mi mente vuelve patológicamente a los anuncios  
del NODO Franquista  
y a los adjetivos que rodeaban  
a la figura del  
Generalísimo.

Y me doy cuenta,  
para mi sorpresa,  
de que no está escrito  
ni una vez en el artículo,  
el adjetivo  
GIGANTE.

Y reviso, y veo que la palabra  
TERRORISMO está escrita 14 veces.

Y que la palabra  
TORTURA está escrita una sola vez  
para referirse al sentimiento  
personal de tortura que siente  
el presidente  
ante los actos de la guerrilla.

Y que la palabra  
MASACRE  
no aparece ni una sola vez  
en el extensísimo artículo.

Y llego a la conclusión de que  
al "Periódico global en español",  
le parece de mal gusto la palabra  
MASACRE.

Y recuerdo entonces a una mujer negra  
a la que no puedo nombrar  
con nombre y apellido  
- así lo pidió ella,  
apaguen la cámara  
por lo que voy a decir-  
que le dijo  
a la misión de observación,  
- y pienso en lo siniestra  
que es la expresión  
misión de observación-  
que los paramilitares  
asesinan  
a los campesinos negros  
del sur de Colombia  
para que dejen  
sus tierras.

Y que esas tierras son ocupadas por los  
vecinos terratenientes  
del Presidente  
Uribe  
para sembrar la Palma aceitera  
cuyo fruto es procesado para  
venderse a Europa  
en forma de  
agrocombustibles.

Y recuerdo que un líder comunitario  
me dijo en una entrevista personal,  
sin grabadora,  
que el GIGANTE exclamó sonriente  
que ahora que los negros tenían  
la propiedad sobre  
sus territorios colectivos  
habría que llenarlos de Palma Aceitera.

No digo africana, porque a los negros  
no les gusta lo de la Palma Africana.  
A ellos no les jode que se les diga negros,  
de hecho están orgullosos de ser negros,  
pero lo de Palma Africana es otra cosa,  
porque la Palma destrozó  
los suelos de África,  
como ahora destroza  
sus suelos.

Y entonces el hombre, bajito,  
de un metro cincuenta aproximadamente,  
con pinta de ser una mezcla  
de "Homo africanus"  
y "Homo bolivianus",  
lo que para la Puta Culta debe ser  
el súmmum de la subcultura,  
me dice que él mismo le dijo a Álvaro Uribe  
que en los territorios colectivos  
no se sembraría Palma aceitera.

Y que entonces el Gigante, con esa crispación  
con la que la Puta define  
al resto de presidentes de Latinoamérica, le dijo:  
"¿Para qué carajo quieren entonces la tierra?".  
Así, como por mis huevos descendientes de Guipuzcoa o Vizcaya,  
que al fin y al cabo soy un hijo de la tierra vasca.

Y el pequeño homo africanus bolivianus,  
le dice al Gigante Uribe que  
quieren la tierra para conservarla.

Y el Gigante,  
como si se tratara de un sofisma griego,  
no entiende.

Y el pequeño homo africanus-bolivianus  
le dice que ellos han vivido allí  
durante más de doscientos años

y que la tierra  
siguió igual de viva  
hasta que llegaron los de la Palma aceitera.  
Y que la tierra es sagrada  
y que es, además, el lugar donde viven,  
y donde quieren que vivan sus nietos  
y donde vivían los animales que cazaban  
y los peces que pescaban  
y los cultivos que cultivaban,  
antes de que el Presidente colombiano  
decidiera fumigar toda la región  
para erradicar la coca  
con el Plan Colombia.

Pero que todo se murió,  
le dice el campesino,  
menos la coca.

Y que una niña murió al beber agua del río Mira  
después de una fumigación  
hecha con aviones estadounidenses.

Y entonces el Gigante Uribe descubre el sofisma.

Estos indios negros  
son miembros de las FARC.  
Son TERRORISTAS.

Y al tiempo, y esto no es para reírse,  
el pequeño homo africanus bolivianus  
recibe su primer carta de amenaza de muerte,  
enviada por los paramilitares  
donde se le dice que  
se va  
o lo matan.

Y pienso entonces,  
que hay que contar brevemente  
la historia de los negros en Colombia.

Porque los negros llegan a Colombia para ser esclavos  
y lo son durante más de doscientos años.  
Algunos hacen revueltas y la huida los lleva al Pacífico Sur.  
Y los patrones se quedan tranquilos porque  
a los negros se los van a comer los bichos.  
Pero los negros no venían de Europa  
y conocían la selva,  
y poco a poco se fueron instalando

en pequeños poblados en las orillas de los ríos.  
Y cuando los terratenientes,  
hijos de españoles  
y en todo iguales a los conquistadores españoles,  
declaran la independencia,  
más negros,  
ahora supuestamente libres,  
ahora supuestamente independientes,  
se van a vivir  
a la selva del Pacífico.

Y los terratenientes no se preocupan,  
porque esa selva es inútil.  
Y los poblados negros crecen.

Y cuando pasan cien años  
los nietos de esos terratenientes  
se dan cuenta de que allí sí que pueden  
hacer negocios.  
Y el gobierno colombiano apoya su plan  
para llenar el territorio negro  
de Palma.

Y entran en la región  
los paramilitares y  
el ejército,  
realizando acciones separadas, silenciadas o conjuntas.

Y los campesinos comienzan a escaparse.  
De a cientos de miles,  
en un nuevo éxodo  
que los devuelve al territorio  
que los había expulsado  
hacia doscientos años.

Y entonces el movimiento negro  
comienza a reclamar la propiedad  
sobre los territorios  
que ocupaban ancestralmente.

Y, tras grandes movilizaciones,  
se les da la propiedad colectiva de las tierras.  
Y ellos festejan.  
Pero los grandes terratenientes ni se inmutan.  
No sólo no se van de los territorios que ocuparon,  
sino que prosiguen en la usurpación  
de nuevos territorios.

Y recrudecen la violencia.

Y comienzan las mayores masacres perpetradas  
en la zona por paramilitares.

Y la tierra es de los negros en el papel  
pero los terratenientes aumentan la ocupación  
con millares de palmas aceiteras.

Y el ministro de cultura,  
al que los campesinos  
denominan simpáticamente  
Uribito,  
dice que las tierras que estén desocupadas  
durante más de cinco años  
serán propiedad de los nuevos ocupantes.

Y mientras los campesinos negros  
se preguntan cómo van a regresar a sus tierras  
cuando si regresan los matan,  
el Tribunal constitucional  
dictamina que la idea de Uribito no es legal.  
Y Uribito se queda pensando en que cuando  
sea Gigante  
firmará un decreto.

Y es entonces cuando los terratenientes,  
en un raptó de inspiración,  
deciden convencer  
a los campesinos negros  
de que cultiven la Palma.

Y montan junto con la Alcaldía de Tumaco,  
la ONG Cordeagropaz.

Y en cientos de misiones les dicen  
a los campesinos negros  
que llegó la hora de que  
piensen en grande.  
Que van a ser empresarios.  
Que van a ser ricos.  
Que sus hijos van a estudiar en las mejores universidades de Bogotá.

Y les dan créditos ventajosos para el cultivo de Palma.  
Y boicotean, bajando los precios,  
al resto de los productos de  
cultivo tradicional.



Y así la Palma comienza a expandirse en la región.  
Y la Palma elimina, con sus grandes raíces, al resto de los cultivos.  
Y son miles y miles de hectáreas de monocultivo.  
La selva desaparece.  
El suelo se erosiona.  
Los ríos se contaminan.  
Y cuando los concejos comunitarios  
que gobiernan internamente  
los territorios colectivos  
intentan oponerse  
son amenazados de muerte.  
Y muchos de ellos son,  
efectivamente,  
asesinados.

Y es entonces, cuando llega  
como un azote  
o como una bendición,  
la gran plaga  
que acaba con el 70%  
de la Palma cultivada.  
Y los campesinos se quedan con la tierra  
repleta de palmas muertas,  
y con un crédito que jamás podrán pagar.

Y comienza el hambre.

Y los campesinos  
que quisieron  
ser empresarios  
no saben qué hacer.

Y yo pienso entonces en la batalla de los corazones y la mentes.

Y recuerdo a algunos campesinos  
que aún con la palma muerta por la peste  
querían volver a cultivarla.  
Y me pregunto como puede ser que haya campesinos  
que vuelvan a pedir un crédito  
cuando tienen una deuda  
que no pueden ni podrán pagar.

Y pienso en el poder de los apellidos.  
Y pienso que no sabemos cómo dar respuesta.  
En que esto mismo es un escupitajo al cielo.

Y recuerdo que en Europa la clase media y baja  
culpa a los inmigrantes de la crisis  
que hicieron los más ricos  
del continente.

Y pienso en toda la gente  
que quiero en España.

Y recuerdo como me indigna escuchar  
a los jóvenes latinoamericanos izquierdistas  
acusando con cara de asco a todos los españoles.

Y me imagino a estos  
niños intelectuales revolucionarios  
delante de Buenaventura Durruti.

Y me da risa.

Y recuerdo la foto de Antonio Machado  
leyendo un discurso a las Brigadas Internacionales  
poco tiempo antes de irse a morir a Francia.

Y pienso que antes la gente estaba dispuesta  
a jugarse la vida.

Y ahora los escudos humanos salen del país  
antes de que caiga la primera bomba.

Y me pregunto cómo es que todo ha cambiado  
tanto en tan poco tiempo.

Y recuerdo que Alberto,  
después de leer los primeros apuntes de esta obra,  
me escribió un correo donde decía  
que todo se reduce  
a la terrible soledad  
en la que estamos  
metidos todos.

Y que él ahora no puede hacer teatro  
que hable de lo que está afuera de él.

Y yo, aunque sufrí este año la misma jodida soledad,  
me pregunté por qué sentimos  
que tantas cosas nos han dejado de  
pertenecer.

Como es que todo se ha transformado en una idea.

Y pienso en la amputación emocional  
que están ejerciendo sobre nosotros.

Y pienso en la amputación emocional que están  
ejerciendo sobre mí.

Porque a pesar de lo que digan:  
El teatro no es nunca una jodida acción.

Y después de darme la cabeza contra  
las raíces de un árbol muerto  
me di cuenta de que seguía adentro  
de una gran jaula.

Y que adentro de esa jaula  
había otra jaula.

Que era mi cuerpo.

Y que adentro de ella había otra más  
pequeña.

Que era mi cerebro.

Y me di cuenta de que las jaulas,  
apiladas como si fueran muñecas rusas,  
latían.

Y la sensación de encierro se hizo más profunda y honda.  
Como sentirme vivo adentro de un féretro  
que está aplastado bajo tres metros de tierra.

Y vi,  
como en una mala película  
hollywoodense,  
la última vez que  
me quedé quieto  
mirando el filo  
de un balcón.  
Cuando sentado  
en la casa de un amigo,  
escribía sabiendo  
que delante mío había  
un horizonte  
de once pisos  
de profundidad.

Y mientras tanto  
tecleaba una absurda escena  
en la que mis amigos  
golpeaban a mi  
tío pederasta.

Y mi tío estaba desnudo y depilado  
como un bebé gigantesco.

Y mis amigos lo pateaban  
en el suelo como a si fueran  
jugadores de Rugby.

Y uno de los niños de los que abusó mi tío  
observaba la escena chupándose el dedo.

Y en mi mente se mezclan  
la pequeña reja del balcón  
de la casa de mi amigo  
con las palmas muertas que se repetían  
del otro lado de la ventana del coche  
formando un horizonte  
apocalíptico.

Y recuerdo que este amigo y yo  
fuimos catalogados  
como manzanas podridas  
por el rector de nuestro colegio,  
un cura español que se llamaba  
Faustino.

Y nosotros teníamos ocho años.

Y mientras me pregunto  
que pensaría el cura de esta obra  
pienso en lo peligroso  
que es el  
sofisma PROGRESO.

Porque la educación en occidente es,  
como decía Bernhard,  
una mentira.

Y como decía Bernhard,  
la multiculturalidad es una patena fina  
bajo la que anida el fascismo.

Y la destrucción más violenta  
sucede lenta y sutilmente  
adentro de nuestros cuerpos.

Y yo sé que estamos perdiendo  
la batalla de los corazones y las mentes.

Porque yo leí unas pintadas yendo  
en un autobús de Bogotá:  
"Uribe no pasarás" y  
"La lucha popular no es terrorismo" y  
"Vivan las FARC",  
y me pregunté entonces  
hace cuanto que la izquierda se alejó de la gente.  
Hace cuanto que la izquierda es un discurso vacío.  
Hace cuanto que la izquierda dejó de ser campesina.

Y pienso de manera elemental en los terratenientes y las multinacionales.  
Los nombres y apellidos que nunca nombra El País.

Porque pongo en el buscador de El País:  
Terratenientes + masacres.  
Y el resultado es nulo.

Y pongo:  
Multinacionales + masacres.  
Y el resultado es nuevamente,  
por supuesto,  
nulo.

Y recuerdo entonces a la mujer  
que le pidió al documentalista  
que apagara la cámara.

Y descubro que esa mujer sabe que  
con la cámara encendida  
no hay lugar para la verdad.

Es la lucha entre  
el País de los mil micrófonos  
y la mujer que pide oscuridad para poder decir:  
"Acá están los paramilitares,  
ellos abrieron el territorio  
para que entren los Palmeros.  
A mi marido le dijeron:

"Me vende la tierra o se la compramos a la viuda".

Y yo soy la viuda  
pero me sacan muerta,  
con todos mis hijos.  
O no me sacan".

Y yo pensaba que a esa mujer que estaba delante mío la iban a matar.  
Y que El País nunca iba a mostrar a una señora como esa.

Que El País nunca iba a hablar de la RESISTENCIA  
de las personas que defienden  
su tierra  
y que son por eso  
masacradas.

Y pienso en el caso  
de los Falsos Positivos,  
como canalllescamente se tituló  
a los asesinatos que hizo  
el ejército colombiano  
de indigentes,  
a los que luego,  
ya cadáveres,  
bañaban y  
disfrazaban  
con el uniforme de las FARC  
y los llevaban al monte para contabilizarlos  
como guerrilleros muertos en combate.

Eso se denominó Falsos Positivos.  
Como si matar a un ser humano fuera algo positivo.

Y veo que Gabriela Cañas  
no hizo ninguna pregunta respecto  
a los falsos positivos.

Y me pregunto qué hubiera pasado  
si se hubiera destapado este escándalo  
en otro de los países de la Región.

Y recuerdo que una amiga me contó que un primo suyo,  
cuando hizo el servicio militar,  
estuvo en la Guardia Presidencial del Gigante Uribe,  
y que entonces los mandaban a asesinar  
a los vagabundos que vivían  
detrás de la Guardia Presidencial

y que él se tuvo que arrodillar  
delante del Gigante  
para que lo dejaran salir de ahí.

Y pienso que El País nunca habla de estas cosas.

El País sólo habla del gigante  
que derrotó a las FARC  
en el Plan Jaque.

El País sólo habla del sofisma de la guerrilla,  
porque sabe que el gobierno esconde  
detrás de él  
la destrucción  
de cualquier oposición.

Porque en Colombia,  
como denunció Comisiones Obreras,  
se asesinan tres de cada cuatro  
sindicalistas asesinados en  
el mundo.  
Y yo me preguntó si pensarán  
La Puta y el Gigante que los sindicalistas  
son guerrilleros.

Y creo que en este momento es importante aclarar una cosa,  
para que no se diga  
que soy un sofista  
subversivo.

Y es que detesto a las FARC con el mismo odio e impotencia  
que sienten la mayor parte de los campesinos  
que son desplazados por ellos,  
en el país de los millones  
de desplazados de sus tierras.  
Porque las FARC no solo secuestran y mantienen  
en condiciones infames a miembros de  
la clase media y la clase media alta y la clase alta.  
Hecho que me parece no sólo intolerable,  
sino absolutamente inútil  
cuando saben que  
no podrán tomar el poder.

Las FARC asesinan y desplazan a los campesinos  
que se niegan a seguir sus ordenes,  
como los padres terribles  
azotan a sus hijos idiotas.

Y recuerdo que le pregunté  
al director teatral colombiano  
si él creía que los de la guerrilla  
no querían cambiar de estilo de vida.

Si estaban enganchados a la coca.

Y él se puso serio.  
Y me respondió que hace diez años  
se desmovilizaron cientos de guerrilleros  
para organizar  
el Partido político  
Unión Patriótica.  
Y que fueron uno a uno,  
asesinados.

Y yo me di cuenta de que  
no era tan fácil desmovilizarse.

Y me dijo que en las zonas donde no hay insurgencia  
los paramilitares tienen un poder absoluto.

Y que las masacres se multiplican  
en los pueblos aunque estén  
rodeados por cuatro destacamentos  
del ejército.

Y que mientras él  
montaba una obra de teatro  
en una ciudad "libre de subversión"  
fueron asesinadas  
14 personas.  
Y que él vio como llegaban los vecinos y familiares a la ciudad.  
Y que las personas no podían entender  
lo que había pasado.  
Y que él se dio cuenta de que si su obra  
contaba lo que estaba viendo  
lo mataban.

Porque la guerra no es contra las FARC, me dijo.  
Esta guerra es contra los campesinos.

Y yo pensé que lo que decía era cierto.

Y ya en el autobús,  
me pregunté por qué nos cuesta tanto  
mirar a los ojos la parte de horror  
que le corresponde a la guerrilla.



Porque en una de las comunidades del Pacífico Sur  
nos dijeron que las FARC amenazan  
a los negros en sus territorios  
para que siembren coca.  
Y que todo el Concejo Comunitario  
de Alto Mira estaba amenazado de muerte  
por defender su territorio.

Y porque hace menos de seis meses  
las FARC asesinaron en una masacre,  
degollando y cortándole los dedos,  
a 17 miembros  
de la comunidad indígena Awa.

Hecho por el que pidieron disculpas  
en una carta siniestramente similar  
a las que escribe el Gigante Uribe para  
explicar los excesos que cometen  
las supuestas manzanas podridas  
del ejército colombiano.

Como si las masacres que cometen las FARC,  
y sistemáticamente los paramilitares  
con o sin apoyo del ejército,  
no fueran un acto  
para controlar  
el territorio.

El mismo territorio  
de las cinco bases militares  
estadounidenses.

Y veo en Internet que el gobierno  
publicó la masacre de las FARC  
a través de todos  
los medios de comunicación.

Y me alegro al saber que esas noticias  
fueron espejos que los Awa no leyeron,  
o que profundamente leyeron.

Porque ellos vieron, como muchos,  
a paramilitares tomando guaro  
con miembros del ejército.

Y cuando el gobierno les dijo que ellos  
los acompañarían a recuperar

los cuerpos de sus familiares  
perdidos en el río,  
supieron que los iban a utilizar  
como carne de cañón  
para ingresar al territorio  
controlado por las FARC.

Y les dijeron que iban  
a dejar que los cuerpos  
de sus familiares  
se pudrieran  
en el río.

Porque los Awa no quería más muertos suyos.

Y después convocaron una Minga,  
que es un llamado  
al acompañamiento de las  
comunidades vecinas.  
Puede convocarse una Minga  
para levantar la cosecha  
o reconstruir un camino  
y ellos convocaron una Minga  
para ir a buscar los cuerpos  
de sus familiares asesinados.

Y pienso que la Puta Culta consideraría  
la minga un acto anacrónico y arcaico  
y escribir sobre él un resabio  
de la culpa de los blancos que  
vivimos en estas tierras.

Y leo que los indígenas juntaron  
a 600 personas que lograron  
en una semana  
lo que el Ejército  
no había logrado  
en tres meses.

Adentrarse en medio del territorio  
controlado por las FARC y  
recuperar cuatro cuerpos  
o mejor dicho,  
pedazos de esos cuatro cuerpos.

Imagino a las  
seiscientas personas  
caminando juntas por la selva  
y me doy cuenta de que  
estoy solo.

Y miro la puerta y la ventana.

Los mismos espacios de salida  
que había en la pequeña habitación  
en la que vivía de adolescente.

Y recuerdo que tenía miedo  
de levantar la persiana.

Y en Buenos Aires en enero  
pueden hacer cuarenta grados.  
Y había veces en que  
no podía más del calor  
y la levantaba.

Y entonces miraba para abajo.

Y pienso que todos  
buscamos desesperados  
una salida.

Y meterme en Internet  
es la salida perfecta  
en la que me pierdo  
cuando estoy jodido y solo.

A veces busco porno  
y otras me enfurezco  
constatando  
lo que no dice  
El País.

Porque pongo en el Buscador de El País:  
Masacre de Tierralta, Córdoba, 2003.  
Y el resultado es nulo.

Y pongo Masacre de la Esperanza y la Florida,  
realizada por uno de los nuevos grupos paramilitares,  
las Águilas Negras,  
y el resultado es nulo.

Y pongo Masacre de Tambo, Cauca, 2008,  
realizada por Los Rastrojos,  
que es otro de los nuevos grupos paramilitares  
y el resultado es nulo.

Y pongo: Masacre de San José de Apartado,  
Y el resultado es nulo.

Y yo me pregunto como puede ser que  
no hayan escrito una sola línea  
sobre la masacre de la Comunidad de paz  
donde fueron  
asesinados cinco hombres y tres niños.  
Siendo uno de ellos, de un año de edad,  
degollado por un paramilitar  
con un machete y después  
desmembrado.

Y leo que Uribe culpó a la propia  
Comunidad de San José de Apartadó,  
por oponerse a que hubiera en su territorio  
presencia del Ejército.

Y que después la justicia demostró  
la colaboración del Ejército Colombiano  
en dicha masacre.

Y pienso que El País,  
durante todo el gobierno de Uribe,  
no escribió una sola línea  
de ninguna masacre perpetrada  
durante su mandato  
por los paramilitares y/o el ejército.

Y que eso es una decisión política.

Porque Uribe había dicho que él había desmovilizado  
a los paramilitares.

Y son demasiadas masacres, demasiados cuerpos  
y trozos de cuerpos y miembros sueltos,  
como para que se trate de un descuido.

Pero al poner en Google:  
El País + Matanza de Aro,  
veo para mi sorpresa que  
el periódico sí que publicó una nota,  
que se titula además,

"Lo que otros callan".

Y pienso,  
compungido como el Gigante,  
que estos  
hijos de puta  
me cagaron  
la obra.

Pero no.

La nota pertenece a  
"La comunidad" de El País,  
donde la gente cuelga  
lo que se le da la gana,  
y donde el periódico  
no se hace  
responsable de los contenidos.

Busco porno y no encuentro.  
Así que alguna censura habrá.

Y comienzo a leer el artículo  
donde el paramilitar  
Francisco Enrique Villalba  
narra como recibió la  
INSTRUCCIÓN DE CORAJE  
antes de realizar  
la masacre de Aro.

"De los cuartos donde estaban encerrados,  
las mujeres y los hombres  
eran sacados en ropa interior.  
Aún con las manos atadas,  
los llevaban al sitio  
donde el instructor esperaba  
para iniciar las  
primeras recomendaciones".

"Las instrucciones eran  
quitarles el brazo,  
la cabeza,  
descuartizarlos  
vivos".

"Ellos salían llorando  
y le pedían a uno que no le fuera a hacer nada,  
que tenían familia".

"A las personas  
se les abría  
desde el pecho  
hasta la barriga  
para sacar lo que  
es tripa,  
el despojo.  
Se les quitaban  
piernas,  
brazos  
y cabeza".

"Se hacía con machete  
o con cuchillo.  
El resto,  
el despojo,  
con la mano".

"Nosotros,  
que estábamos en Instrucción,  
sacábamos los intestinos".

"Ellos escogían a los alumnos para que participaran.  
Una vez, uno de los alumnos se negó.  
Se paró el instructor y le dijo:  
'Venga, que yo sí soy capaz'.  
Luego lo mandó a descuartizar a él".

"A mí me hicieron  
quitarle  
el brazo  
a una muchacha.  
Ya le habían quitado  
una pierna".

"Ella pedía que no lo hicieran,  
que tenía dos hijos".

"Después los tiraban al río".

Y leo que al final del artículo el periodista anónimo  
cuenta que en el momento de la Masacre de Aro  
el Gobernador de Antioquia  
era Álvaro Uribe.

Y que hay registros probados que dan cuenta  
de los llamados desesperados que el pueblo hizo

a los cuerpos de seguridad del estado  
en los días previos.  
Y que hubo caso omiso a esos llamados.  
Y que miembros del destacamento militar  
de la provincia gobernada por Álvaro Uribe,  
participaron en la masacre.

Y que el abogado y defensor  
de los Derechos Humanos  
Jesús María Valle  
denunció que las tropas de la  
Cuarta Brigada del Ejército  
habían participado en la Masacre.  
Sobrevivientes le habían dicho que un  
helicóptero del ejército colombiano  
bajó del aire para darles municiones  
a los paramilitares, que en esos  
momentos torturaban públicamente  
a los líderes comunitarios.  
Y leo que el entonces Gobernador Uribe  
lo demandó por calumnias.  
Y lo declaró públicamente:  
"Enemigo de las Fuerzas Armadas".

Y el 27 de febrero de 1998,  
hombres encapuchados  
entraron a la oficina del abogado  
y lo acribillaron delante  
de su hermana.

Y el entonces Gobernador de Antioquia  
dijo compungido  
que él no había querido  
incitar a la violencia.

Y leo que el paramilitar que describió  
la Instrucción de Coraje  
denunció que Uribe  
había participado en  
el planeamiento  
de la Masacre de Aro  
con los dirigentes  
del Grupo Paramilitar  
Los Doce apóstoles.

Y que dijo que Uribe  
lo condecoró  
después de realizar  
dicha Masacre.

Y leo que el paramilitar  
prometió mostrar  
fotos y videos.

Pero al tiempo escribió una carta  
disculpándose por sus mentiras  
y lamentando los problemas  
que hubiera podido ocasionarle  
a nuestro difamado Gigante.

Y dijo que su arrepentimiento  
había llegado  
"a través de nuestro  
Señor Jesucristo'

Y a los diez días de salir  
en libertad condicional  
Francisco Enrique Villalba  
fue asesinado por sicarios.

Y al poco tiempo se descubrió  
que la carta de disculpa  
no la había escrito él,  
sino el narcotraficante preso  
JESÚS AMADO Sarria.

Y leo que Uribe admitió haber conocido  
personalmente a Salvatore Mancuso,  
uno de los altos jefes paramilitares  
que dirigió personalmente la masacre de Aro,  
en las reuniones de los  
productores agropecuarios  
de Córdoba.

Y vuelvo a pensar que todo es por la tierra.

Y vuelvo a leer el relato del hombre que cuenta como  
secuestraban campesinos  
y los descuartizaban  
para entrenar,  
para aprender a descuartizar.

Y pienso en que El País nunca habla de tierras.



Y releo como el hombre dice que a él le tocó  
serruchar una pierna  
y que la mujer gritaba  
que la dejaran.

Y busco mesiánicamente una nota de El País  
que hable de esta masacre.

Y leo que la mujer gritaba cuando  
ya no tenía una pierna  
y un brazo.

Y me dan ganas de escupir en la cara  
del director de El País.  
De partirle la cara  
al director de El País.

Y me pregunto por qué no lo hago.  
Por qué estoy dominado  
por esta inacción desesperante.

Y me pregunto si es más violento  
el asesinato que cometió ese hombre  
o el silencio.  
Me pregunto si es más grave el hecho  
de que unas manos agarren  
una motosierra  
a que periodistas  
que saben lo que ocurre,  
se callen por una decisión  
claramente política.

Y sé entonces que no hay violencia más grande  
que la de El País.

Y que las manos  
que se quedan quietas  
delante del teclado  
son las mismas  
que cortan un brazo,  
un cuello,  
o una pierna  
con una motosierra.

Y vuelvo a pensar tristemente  
en la violencia,  
de la misma manera patológica

con la que Bernhard pensaba  
en su adolescencia en el suicidio.  
Porque pienso que todo esto genera  
una angustia tremenda  
y una impotencia tremenda,  
y una violencia que va  
hacia adentro  
o hacia afuera,  
y yo quiero hacer algo  
antes de que me destruyan.

Y recuerdo a la mujer que decidió  
quedarse en su tierra.

Y recuerdo que de una manera  
absolutamente incongruente  
y extraña, estaba tranquila.

Y yo, en mi último viaje a España  
salí por el barrio de Quevedo  
y la alegría generalizada  
me devolvió a la sensación  
de estar adentro de una jaula.

Y en la discoteca un amigo de mis amigos  
que jalaba coca cada treinta minutos  
me dijo que se había comprado  
una pistola de grafito.

Porque la inseguridad en Madrid estaba jodida  
y porque la pistola era preciosa.

Y recuerdo que en Colombia un hombre me dijo:  
El problema es la coca.  
El narcotráfico.  
Todos viven de eso.

Y recuerdo como ese imbécil tomaba cocaína en Madrid y pienso:  
Si alguien quiere meterse un pase de coca una vez a la semana,  
que se lo meta.  
Si alguien meterse cinco pases de coca a la semana  
que se los meta.  
Y si alguien quiere hacerse adicto a la coca hasta que se le pudra el tabique,  
que también lo haga.

Es una decisión del libre albedrío de las personas.  
Si es que en nuestra sociedad enferma  
alguien elige algo.

No es nada frente  
a los millones de desplazados,  
y los cientos de miles de asesinados y desaparecidos  
y los cientos de descuartizados y mutilados.

Y no es nada frente a la voz tranquila de esa mujer.

Y me pregunto cómo puede ser que sigan  
mandando sobre nosotros.

Y pienso entonces en el dinero.

Y pienso que el silencio de El País  
es un acto político violento  
cuyas razones están ancladas  
en el DINERO, así, escrito  
con mayúsculas.

Porque a los paramilitares que  
empujados por los finqueros  
masacran a una población,  
no los mueve el mal,  
sino el dinero.

Y porque cuando el ejército colabora  
o cubre una masacre,  
no lo hace por la Patria,  
sino por dinero.

Y porque cuando las FARC matan para sembrar  
coca y controlar el territorio,  
lo hacen por dinero.  
Porque sin ese dinero  
ya los hubieran  
volado del mapa.

Y porque los Estados Unidos,  
en fin, eso ya lo sabemos.

Y lo de los Capitales Europeos,  
bueno, eso también lo sabemos.

Y lo de los artistas,  
eso sí que lo sabemos bien.

Porque los artistas nunca corremos  
los mismos riesgos.

Y pienso en Bernhard y  
la cultura occidental que llevamos  
como una bomba de hidrógeno  
adentro de nuestros huesos.  
Y dan ganas de no creer más  
en el hombre.

Dan realmente ganas de caer  
en la culpa,  
y en la inmovilidad,  
y en la depresión  
y en el suicidio.

Pero recuerdo a la mujer  
y pienso en la DIGNIDAD.

Y me pregunto hace cuanto  
tiempo la hemos  
perdido.

Y pienso que habría que montar  
esta obra en la puerta de las  
oficinas de "El País".  
Leer una y otra vez este texto,  
durante días,  
y días  
y días.

Y que todos los periodistas  
de El País vinieran a verla.  
Y agarrarme a golpes cuando termine la obra,  
si es que el hecho de agarrarnos a golpes  
no les resulta demasiado primitivo.

Y pienso que cuando termine la obra  
debería arrojar al menos una piedra  
contra sus cristaleras.

Y arrojar una antorcha  
que llene de fuego el vientre del edificio.  
Y apilar sus ordenadores  
para verlos arder como los nazis  
vieron arder los libros  
de los intelectuales de Europa.

Y antes de irme a dormir escribir con ceniza;  
Este es un acto a favor de la  
LIBERTAD DE EXPRESIÓN.

Y me pregunto si ellos pensarán  
que estoy incitando al Terrorismo.

Y me pregunto qué pasaría  
si esta obra tuviera algún eco.

Si milagrosamente alguien  
decidiera apoyar su montaje  
en España.

Y me pregunto si ellos,  
los adalides de la libertad de prensa,  
me pondrían una  
demanda judicial  
por calumnias.

Como Álvaro Uribe demandó  
al periodista que luego fue  
asesinado por los paramilitares  
que Gabriela Cañas  
no quiere nombrar.

Y me veo a mi mismo  
en los tribunales  
explicándoles que el que hablaba  
en la obra era un personaje.

Que el autor desayuna en realidad  
todas las mañanas  
chocolate con churros  
mientras lee con avidez  
"El Periódico Global en Español".

Y que lo que se está buscando  
es la reacción de los colombianos de bien  
que viven en España  
y que votan masivamente  
a Uribe.

Porque el objetivo secreto de esta obra  
es la segunda reelección  
del Gigante Uribe.

Y en su defecto,  
la postulación  
de Uribito.

Y es entonces cuando se me acerca la Puta Culta  
y me susurra en el oído con su voz ronca:  
"Nosotros no somos tontos. Y sabemos  
que esta obra está en realidad escrita  
para Luis María Anson,  
que es el que manda  
en el teatro español".

Y yo le respondo:  
La derecha para mí va a estar siempre  
en la vereda de enfrente.  
La derecha, si ustedes quieren,  
y olvidando su lenguaje  
pseudo conciliador,  
es el enemigo.  
Pero al menos entre los enemigos  
persiste una cierta dignidad.

Y pienso en que antes la gente tenía  
sentido de la vergüenza.

Y pienso que fue por esa VERGUENZA que Paco Umbral  
pudo decirle a Vargas Llosa que su artículo  
contra los zapatistas era una pantomima perversa  
y pseudo democrática  
que ocultaba el ultraje de los indígenas  
a manos de los terratenientes.

Y pienso en cómo debe ronronear  
el miembro del Rinoceronte  
al sentarse a la mesa de  
los terratenientes y observar  
a sus hermosas hijas.

Y me pregunto si el hecho de no haber sido  
Presidente del Perú y Premio Nobel  
le quita a uno  
para siempre  
la vergüenza  
y la dignidad,  
y la necesidad  
de decir la verdad.

Y me asusto.

Y mi pánico crece cuando  
el espectro de la Puta Culta,  
maquillada como una madonna,

me dice que la verdad es siempre  
una construcción.

Que la verdad no existe.

Y yo recuerdo a un joven dramaturgo argentino  
que decía que para qué iba a escribir  
sobre la realidad si para eso estaban  
los periódicos.

Y yo me pregunté si era cínico, imbécil,  
o las dos cosas.

Y vuelvo patológicamente a pensar  
en la VERDAD.

Y me pregunto si no hay verdad  
en el momento en el que el Gigante  
dice que va a llenar de Palma  
la región del Pacífico sur  
para vender agrocombustibles  
a Europa.

Y me pregunto si no hay verdad  
en el momento en el que el  
terrateniente le da dinero  
a los paramilitares.

Y me pregunto si no hay verdad  
cuando uno de esos paramilitares  
corta con un machete  
un brazo,  
una pierna,  
un cuello,  
un pie,  
una mano,  
un vientre.

Y me pregunto si no hay verdad cuando  
Gabriela Cañas recibe  
las noticias  
de las masacres  
y los torturados,  
y desaparecidos  
colombianos  
a manos de los paramilitares  
y decide dejar  
sus manos quietas.

Y si no hay verdad cuando  
unos segundos más tarde,  
empieza a moverlas para  
escribir un artículo  
sobre la irrupción  
de las mujeres en la  
carrera diplomática  
española.

Y entonces le digo a la Puta que lo que se construye  
es la mentira.  
Y la confusión.

Y que la civilización occidental es un jodido sofisma  
que oculta la palabra dinero.

Y la imagen de la Puta  
disfrazada de Madonna  
se aleja.

Y yo me alivio.

Y me quedo solo.

Y empiezo a pensar  
en la muerte.

Porque yo pensé,  
como Bernhard,  
en tirarme por un  
balcón.

Y mi mente estaba aparentemente vacía  
mientras por abajo pasaban los transeúntes.

Y recuerdo que una tarde le conté a Angélica  
que mi padre decía que iba a cerrar  
la persiana, y que yo estaba aprendiendo  
a levantarla sin pensar en saltar.

Y siento que pensar que las marcas  
duran para siempre es algo  
muy alemán, y católico  
y europeo.



Y pienso en nuestra incapacidad de asumir  
que nuestro cuerpo se va a pudrir  
hasta transformarse en tierra.

Y recuerdo una foto donde  
cuatro mujeres indígenas guatemaltecas  
reían delante de la fosa común  
en la que encontraron  
un pequeño trozo  
de la camisa de su padre.

Y enciendo entonces el grabador  
para escuchar las voces  
de las ancianas negras  
que cantaron  
durante doce horas  
alabaos  
para despedir un muerto.

Y recuerdo como contaban  
chistes de la negra muerta,  
y cómo,  
cuando llegó el momento,  
lloraron con una  
profundidad a la que  
nosotros no podemos  
alcanzar.

Porque para nosotros  
la muerte es algo demasiado grande.

Y pienso que toda  
la civilización occidental  
está construida sobre  
ese miedo a la muerte.

Porque nosotros  
cuando alguien va a morir  
lo encerramos en un hospital  
y nos alejamos.

Y ellos, todos los familiares  
y amigos, se encierran en la casa,  
y abrazan al agonizante, lo cuidan,  
y le cantan, hasta que  
el negro muere.

Y yo estuve con una mujer y sus nietas,  
viendo el video del entierro de su hijo,  
que era director de danza y que  
fue asesinado por los paramilitares.  
Y ella y sus nietas se reían  
cuando la Tía Pola,  
una travesti,  
cantaba.

Y recuerdo la imagen del cuerpo del hijo muerto  
con algodones en la nariz.

Y recuerdo que la madre me preguntó  
por qué su hijo, que era bailarín,  
se había metido con esa gente.

Y en el video del entierro,  
donde había más de dos mil personas,  
bailó la viuda de su hijo.  
Y la mujer,  
mientras bailaba,  
lloraba.  
Y su madre,  
que estaba a su lado,  
le gritaba  
que no llorara, que siguiera bailando,  
que bailara como le gustaba a él.  
Y ella siguió bailando.

Y recuerdo que Carlos Rosero,  
un líder afrocolombiano  
que tuvo que escapar de su tierra  
y al que El País nunca le dedicará una entrevista,  
dijo algo tremendamente hermoso.

Y es que ellos no eran sólo afrodescendientes,  
sino renacientes.

Porque ellos habían renacido en esa selva  
que habían sabido hacer suya.  
Y que ahora era suya.

Y entonces el Rinoceronte Erótico de Nuestras Letras me grita:  
¡No sea folklorista!

Y yo pienso que puede que tenga razón.

Porque hace falta decir que  
los pobres son  
la masa asesina  
y la carne de cañón  
de esta guerra.

Y que como una gran  
parte de los  
negros  
son pobres,  
matan.

Y que lo que se les ofrecen es  
una pequeñísima cuota  
de poder y dinero.

Y que ellos, que tienen muy poco  
de dinero y de poder,  
acceden.

Y que cuando matan a tres,  
los matan a ellos.

Pero que el sofisma violencia  
esconde también la palabra  
dinero.

Y que los que tienen el DINERO, así,  
con mayúsculas,  
son blancos.

Y entonces él clama exasperado que soy un racista.  
Un racista blanco contra los blancos.

Y yo le recuerdo que soy nieto y bisnieto  
de europeos blancos.  
Y que mi bisabuelo  
escribaba las tierras  
que los militares les quitaron  
a los indios en la Campaña del Desierto  
de la Patagonia.

Y entonces el Rinoceronte dice  
que ahora lo entiende todo  
y mueve frente a mi rostro  
las obras completas  
de Sigmund Freud.

Y siento detrás mío  
la presencia de la Puta Culta  
que está vestida  
de Honoris Causa  
por la Universidad  
de Cambridge.

En su mano tiene su nuevo artículo titulado  
"Colombia no se mira en el espejo",  
por Miguel Ángel Bastenier.

Y me dice que ahí, frente a mi cara,  
está el caso de los falsos positivos.  
Y el escándalo de la narcopolítica.  
Y los sobornos que pagó Álvaro Uribe  
para poder ser reelegido.

Y yo me pregunto si su giro se deberá  
a su obsesión patológica contra la reelección,  
pero La Puta, que todo lo oye,  
me dice que no sea ingenuo.  
Que él es el gran periodista  
de Iberoamérica  
y sabe que algún día  
pueden llegar a abrirse  
las miles de fosas comunes  
que siembran el país.

Y que a él nunca nadie  
le pudo ni le va a poder  
decir nada.

Y me pregunta, antes de despedirse,  
cómo pienso arreglar mi jodida obra.

Y yo me tiro en la cama  
pensando en RENACER.

Y miro las cuatro paredes en las que estoy metido  
y me doy cuenta de que el aire corre de un lado a otro  
haciendo batir las ventanas.

Y descubro, como un idiota,  
que el aire entra y sale  
de mis pulmones.

Y sin saber por qué comienzo  
a llorar.

Y siento que mis pulmones  
van empujando un nudo.  
Y sé que en ese nudo  
se entrecruzan el dolor  
y la violencia.

Porque mi padre no sabía  
como entender su dolor  
y golpeaba.

Y yo, a mi manera,  
he hecho lo mismo.

Y pienso en mi mujer.  
Y sigo llorando sabiendo  
que no va a haber tiempo  
para arrancar el jodido nudo.

Y cierro los ojos.  
Y creo que me duermo.

Y me veo a mi mismo  
escribiendo esta obra  
con una taza  
de café Juan Valdez en la mano.

Y veo a una mujer que camina lentamente  
por un pasillo, durante varios minutos  
hasta quedar frente a mí.  
Parece totalmente quieta pero  
percibo un leve temblor  
en la yema de sus dedos.  
"No estoy tranquila",  
me dice.

Y me doy cuenta de que  
es la mujer colombiana  
que no quería dejar su tierra.

Y cuando estoy por levantarme  
para darle un abrazo me pregunta:  
"¿Cómo me llamo?".

Y yo no sé qué decir.

"¿Cómo me llamo?",  
me pregunta.

"¿Cual es mi nombre?".

"¿¡ Como me llamo!?"

Pero yo no recuerdo su nombre.

Y mientras la sigo por un ancho pasillo,  
trato de recordar si se llamaba  
Lucía, Everilda o María.

Y siento vergüenza  
por no recordar su nombre  
cuando llevo semanas escribiendo sobre ella.

Y quiero tirarme en el suelo  
y hacerme un ovillo en un rincón,  
como hacía cuando era un niño.

Pero ella se detiene frente  
a una puerta gris que dice:  
Director de El País.

Abre lentamente la puerta y  
veo que dentro están  
Miguel Ángel Bastenier y Mario Vargas Llosa  
disfrazados de Felipe II  
y Juan Valdez.

Ellos piensan que la mujer trabaja en la limpieza  
y le piden que se vaya.

Pero ella se queda ahí, observándolos a los ojos.

Y yo me doy cuenta de que ellos  
además de estar disfrazados,  
están desnudos de la cintura para abajo.

Y de mi boca salen como un vómito, tres palabras.  
"Que la chupen"  
Y después salen siete.  
"Que la chupen y la sigan chupando"  
Y me río a carcajadas.

Y la Puta y el Rinoceronte nos miran como si fueran  
dos niños a los que su padre y su madre  
encontraron jugando al Enfermo y al Doctor.

Y yo le digo a la viuda colombiana  
que Maradona encontró  
la gran metáfora de los medios de comunicación.  
Porque a pesar de lo que digan la Puta y el Rinoceronte  
la gente no se va a quedar quieta.  
Pero ella no me dice nada.  
Y yo me doy cuenta de que está quieta, demasiado quieta.  
Que ya ni se mueven las yemas de sus dedos.  
Y cuando me pregunto si esa mujer está muerta  
sale de mi boca un grito profundo.

A las dos de la mañana  
me despierta una llamada de Tim.  
Tim es un inglés de 21 años  
que participó  
en la misión de observación  
y que me dice  
que la DAS,  
la policía secreta de Colombia,  
llamó a la ONG donde trabaja  
preguntando  
por sus actividades.

Y me dice que es por haber  
discutido abiertamente,  
con los del gobierno  
en la rueda de prensa final  
de la misión de observación.

Y me cuenta que algunos políticos europeos  
que estuvieron en la  
misión no quisieron hablar  
cuando llegó el momento.

Que después de hablar durante semanas  
de Ecología,  
y del daño que causaba la palma en la región  
se callaron  
como putas  
frente  
al Ministro de Agricultura.

Y que después de hablar durante semanas  
de Derechos Humanos,  
y de mirar con los ojos abiertos los relatos de los campesinos,  
se callaron  
como putas  
delante del Ministro del Interior.

Y me cuenta Tim que su jefa,  
una colombiana que dirige la ONG donde trabaja,  
le dijo que había llegado demasiado lejos.

Que esto era una guerra.  
Y que no era su guerra.  
Y Tim me dice que él sólo  
repitió lo que escuchó  
en las comunidades.

Y yo recordé que Tim trabajaba  
con la comunidad  
indígena Awa,  
la misma que fue masacrada  
por las FARC.

Y me pregunté si la Puta y el Gigante, y los del DAS  
considerarán que Tim es un guerrillero,  
cuando la guerrilla asesina  
a la gente que él quiere.

Y me pregunto si estas amenazas  
no buscan generar terror.

Es decir TERRORISMO.

Y recuerdo que el director de teatro colombiano  
me dijo que lo que la obra que yo quería hacer  
no se podía montar en su país.

Que si él montaba esta obra  
le pegaban un tiro.

Y que si quería venir a hacer la obra,  
que viniera una semana y me fuera.

Pero que darle esta obra a alguien para que la hiciera  
era una canallada y una cobardía.

Y mientras pensaba en si tendría  
o no el valor de hacer esta obra frente  
a la Casa de Gobierno Colombiano,  
me quedé dormido.

Y a la mañana siguiente,  
tomé un taxi hacia  
la hermosa biblioteca Bogotana  
Virgilio Barco.



Y cuando encendí el ordenador  
recibí un correo electrónico  
de alguien  
que no conozco.

El título, mal escrito, decía:  
"han matado a nuestro hermano indígena embera ,por oponerse al megaproyecto  
genocida represa urra2 ,en Santander ,Colombia".

Y yo me pregunté quien me había escrito esto.  
Y pensé en lo mal escrito que estaba el título.  
Y pensé que la persona que escribió el correo  
estaba enfurecida o aterrorizada.  
O las dos cosas.

Y entonces abrí el correo electrónico que decía:  
"Hoy día de luto  
nuestro hermano Embera ,  
hombre sabio,  
con el que me reuní para  
coordinar unas entrevistas  
que íbamos a  
hacer a su comunidad  
para denunciar la represa  
bestia y asesina Urra 2  
en Santander, Córdoba, Colombia,  
ha sido asesinado  
por paramilitares asesinos.  
Este asesinato nos deja sin palabras,  
sin saber reaccionar por momentos,  
que vergüenza que la comunidad internacional  
y los estados de los mal llamados países desarrollados  
no reaccionen ante tanto asesinato,  
y sean cómplices de este genocidio continuo  
en Colombia y en parte de America latina ,  
África y otros continentes,  
que vergüenza".  
"Mientras hoy,  
lloramos  
por nuestro hermano embera,  
como tantos otros días por  
otros hermanos indígenas y  
campesinos asesinados  
por paramilitares financiados  
por las mega empresas multinacionales  
asesinas de la dignidad  
y los derechos humanos".

Y yo pensé que el libro de estilo de El País consideraría  
ese correo un panfleto mal escrito.

Y mientras seguía leyendo horrorizado  
el relato, me pregunté por la noción de estilo.

Y al llegar el final del correo me di cuenta  
de que era el final de esta obra.

"Hace poco vinieron los principitos españoles  
a un supuesto encuentro de víctimas del terrorismo  
en Colombia y de otras partes del mundo ,  
un acto que fue una vergüenza,  
ya que no dejaron hablar a las  
víctimas de crímenes del Estado".

" Lo mas vergonzante fue que  
el principito Felipito  
de la españa etnocida  
de pueblos y culturas  
y su mujercita  
Leticita dieron un  
premio de derechos humanos  
a Uribe"

Y vuelvo a pensar en el dinero  
y en la verdad  
y la dignidad.

Y busco en Google: "El País + Uribe + Príncipe Felipe".  
Y Veo la foto del Príncipe sonriente estrechando  
la mano del también sonriente Uribe.

Y pienso que todo se define en  
el Príncipe Felipe de España entregándole  
un Premio de los Derechos Humanos  
a Uribe.

Y me imagino a la Puta culta y al Rinoceronte aplaudiendo.

Y cuando busco a Gabriela Cañas en la foto  
descubro que ha dejado  
la Redacción de El País  
para pasar a las filas del  
Gobierno de España.

Y pienso en el indígena embera asesinado  
por paramilitares financiados por multinacionales  
con capitales Europeos.

Y pienso en el silencio de los diputados  
europeos.

Y pienso en la rabia de Tim.

Y recuerdo al hombre que  
decía que quería la tierra  
para conservarla.

Y me imagino al Gigante Uribe  
como si de Felipe II se tratara,  
montado en el barco hospital  
del ejército norteamericano  
y tomando una taza de café  
sin que se le derrame  
una gota.

Y pienso en la pierna cortada  
de la mujer que gritaba  
para que no la asesinaran.

Y me pregunto cómo goteaba.

Y pienso en las manos quietas  
de los periodistas que saben  
lo que le sucedió a esa mujer.

Y me pregunto si ellos se preguntaron  
también como goteaba.

O como caía toscamente al suelo.

Y pienso que ya está bien  
de sofismas.

Y me gustaría llorar,  
o prender fuego El País  
o dejar esta jaula  
e irme a vivir.

Sólo  
salir  
a  
vivir.